G. LORA

LA
SURRECCION

Instituto de Investigaciones Sociales
"Agenor Alfaro"

EDICIONES



La Paz - Bolivia
1983

LA INSURRECCION

indice

LA INSURRECCION

I. – UN TEMA NO ESTUDIADO POR LA IZQUIERDA.

En ese descomunal erial que es la izquierda boliviana no se encuentran estudios sobre el problema importante de la insurrección. Existen malentendidos y confusiones: unos creen que insurrección es la revolución misma o la lucha de clases, otros que precede a la situación revolucionaria, etc. No se debe olvidar que el país ha sido convertido muchas veces en escenario de las experiencias estériles del foquismo.

El fenómeno no es extraño. A ninguna tienda política, a ningún grupículo que se reclame abusivamente de la clase obrera o de la revolución, se le ha planteado la insurrección como problema actual, esto porque en ningún momento han tomado como algo serio la cuestión de la toma del poder por la clase obrera. Algunos "marxistas" llegan a sostener que también ellos postulan, en último término y a plazos lejanos, la revolución proletaria. Sin embargo, de manera invariable, están seguros que esa revolución vendrá del exterior y que de ninguna manera puede fructificar en terreno boliviano. La esterilidad de la "izquierda" obedece, pues, a profundas razones programáticas.

No encontramos ni siquiera análisis con intenciones académicas. Los "revolucionarios" de tierra adentro no se preocupan de esas cosas, se limitan a recitar algunos textos extranjeros. Tenemos el caso de insurrecciones en las que han intervenido la clase obrera y las masas en general, algunas veces bajo la dirección de partidos de la propia clase

dominante y casi siempre con una fuerte carga de espontaneidad. El estudio de estos precedentes adquiere importancia cuando se trata de señalar los rasgos diferenciales de la insurrección protagonizada por el proletariado como caudillo de la nación oprimida y de educar a los protagonistas de la revolución.

Nos encontramos frente a un problema ignorado del todo por los "marxistas" e inclusive por los historiadores: la inter - relación entre las FF. AA. y las masas como factor determinante de la suerte de la insurrección La actitud de los uniformados ha permitido capturar el poder a ciertas corrientes políticas o bien han frustrado sus planes. Cuando se trata de la insurrección en la que interviene, como elemento decisivo, la clase obrera se suman nuevos factores: los piquetes armados de los explotados y la heroicidad de los que luchan por su liberación; pese a todo, el ejército sigue teniendo enorme importancia.

Se piensa que la insurrección es algo estrechamente palaciego o propio de las ciudades (de la sede del gobierno). Los que así razonan ponen en evidencia que confunden insurrección con putch, con el clásico cuartelazo: creencia que también domina en el campo de la "izquierda". Para estas gentes la masa campesina no tiene nada que ver en la insurrección, q. se la considera algo q. deben resolver los profesionales de la politiquería y los generales. La insurrección de los explotados, considerada como punto culminante del proceso revolucionario, no sería posible si no contara con el apoyo y participación entusiastas de los campesinos. En cierto momento pueden convertirse en factor decisivo, pues en sus manos está, como se ha encargado de demostrar la historia, la posibilidad de paralizar a todo el país. A los métodos de lucha de la mayoría nacional debe añadirse el bloqueo de caminos, sobre cuya eficacia no hay la menor duda. La alianza obrero-campesina constituye uno de los tres requisitos que pueden contribuir a la victoria de la insurreción. El partido revolucionario debe

trabajar en este sentido.

El problema fundamental de toda revolución –como recordó Lenin– es el problema del poder estatal y no puede ser simplemente evadido. Para nosotros se trata de que la clase obrera, convertida en caudillo nacional, tome el poder y solamente puede hacerlo por la vía insurreccional, pues se trata de destruir el aparato estatal burgués, no de que se apodere simplemente de éste para ponerlo a su servicio.

La izquierda boliviana no solamente que ha capitulado frente a las tendencias burguesas nacionalistas, sino que repite aplicadamente el descubrimiento stalinista de las numerosas vías que conducen al socialismo y se apresura en alinearse entre las huestes electoralistas. Desde este punto de vista estudiar el problema de la insurrección es perder el tiempo.

El lector comprenderá que el trotskysmo tiene sobradas razones para prestar tanta atención al estudio de la insurrección, pues en el meollo de su programa se encuentra el objetivo de consumar la revolución de las masas asalariadas y de estructurar la dictadura del proletariado, forma que adquirirá el poder y gobierno obreros.

II.– LA SITUACION REVOLUCIONARIA.

Si bien la rebelión de las fuerzas productivas contra la propiedad privada burguesa abre el período de la revolución social, ésta se trueca en realidad con la mediación de la conciencia de clase. La movilización de las masas, su educación política, su radicalización, su presencia en las calles, configuran una situación revolucionaria, en cuyo punto más alto se encuentra la insurrección, esto cuando los explotados llegan a la conclusión de que no les queda más camino que tomar el poder si no quieren ser aplastados físicamente o destruidos por la miseria.

La insurrección es la consecuencia de todo el proceso

revolucionario y tiene que ser analizada como tal. Su antecedente inmediato es la situación revolucionaria; si ésta no se presenta y no se desarrolla conforme a sus propias leyes, podrá haber un cuartelazo, mas no una insurrección proletaria.

Siguiendo a Lenin podemos decir que tres síntomas caracterizan una situación revolucionaria: 1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación, una aguda crisis en la política burguesa permite que afloren "el descontento y la indignación"de los oprimidos, si los de abajo ya no quieren vivir como hasta ahora, los de arriba ya no pueden mantener intacto este estado de cosas; 2) " una agravación" fuera de lo común, de la miseria y sufrimientos de las clases oprimidas, la burguesía pone en evidencia que es ya incapaz de alimentar a los esclavos modernos, signo inequívoco de q. hace falta expulsarla del poder para asegurar la existencia y desarrollo de la sociedad; 3) una intensificación inusitada de la actividad de las masas, que dispuestas a ya no dejarse explotar y oprimir, ganan las calles y realizan imponentes acciones violentando el ordenamiento jurídico vigente y desconociendo en los hechos el principio de autoridad, son el hambre y la extrema ineptitud de los de arriba los factores que las empujan a tomar los problemas en sus manos y a intentar resolverlos por sí mismas. Esta situación de excesiva tensión entre las clases sociales se la suele llamar "crisis económica y política", calificativo que tras su apariencia inofensiva esconde una extrema explosividad. Es entonces que las clases medias realizan sus oscilaciones más profundas hacia el polo proletario y ocasionalmente hacia el burgués. Tal extrema inestabilidad de una clase inestable por sí misma convierte en acentuadamente oscilante todo este período.

En política revolucionaria no sería posible orientarse debidamente si no se pusiese mucho cuidado en la caracterización precisa de las diferentes etapas por las que atra-

viesa el proceso revolucionario. No son ciertamente los deseos y el subjetivismo de los políticos profesionales y de los partidos los que determinan que una etapa pase a una superior, entrando en conflicto con la anterior, y se proyecte hacia el porvenir, sino las modificaciones que se producen en la conciencia de las masas.

Durante el gobierno del general Vildoso se dió una clara situación revolucionaria y el POR fue el único partido político que así lo dijo. Como nadie ignora esa situación revolucionaria fue desviada, postergada por el hecho de que la certeza de la instauración del gobierno de la UDP despertó muchas ilusiones, casi siempre desmesuradas, en considerables sectores de la población. A un año esa corriente política vuelve a aflorar y nuevamente la realidad que vivimos tiende a desembocar en una situación revolucionaria, que se dará en un plano político superior. Algunos críticos de "izquierda", demostrando que razonan de manera infantil y mecánica, que tan fácilmente llevan al aventurerismo y a la capitulación, nos dijeron que no debería haberse hablado de situación revolucionaria porque no correspondía a la realidad, sobre todo porque no estaba presente el partido, la prueba estaría en que no hubieron ni insurrección ni captura del poder. La existencia de una situación revolucionaria y su evolución posterior no están supeditadas a la presencia del partido: no debe olvidarse que hay insurrecciones espontáneas. Nuestros críticos pusieron en evidencia su extremado paternalismo con relación a las masas y que es el rasgo diferencial de los políticos pequeñoburgueses. No serían la actitud y la acción de los explotados los factores llamados a modificar el proceso político, sino la voluntad despótica y arbitraria de quienes se creen dueños de la historia. Nuestra compasión piadosa para esta gente.

A los que se preguntan angustiados: "¿durará mucho esta situación?, ¿hasta qué extremos ha de agravarse aún?, ¿desembocará en una insurrección?"; les respondemos con

ayuda de los clásicos: "no lo sabemos, ni nadie puede saberlo. La respuesta sólo nos la dará la experiencia del desarrollo del estado de ánimo revolucionario de la clase avanzada, del proletariado, y de su paso a acciones revolucionarias... Aquí no cabe hablar de 'ilusiones' en general ni de su refutación... De lo que se trata aquí es del deber más indiscutible y más esencial de todos los socialistas: el de revelar a las masas la existencia de una situación revolucionaria, de explicar su amplitud y su profundidad, de despertar la conciencia revolucionaria y la decisión revolucionaria del proletariado, de ayudarle a pasar a las acciones revolucionarias y de crear organizaciones que correspondan a la situación revolucionaria y sirvan para trabajar en ese sentido".

Hemos indicado varias veces y ahora reiteramos, que la " crisis económica – política" que azota despiadadamente al país, a sus sectores mayoritarios, es apenas una expresión del choque violento de las fuerzas productivas rebeladas contra la propiedad privada burguesa y la opresión imperialista, que es su emergencia. Esta crisis estructural (porque toca la estructura económica y no por otras razones) es la que plantea la urgencia de consumar la revolución proletaria y de estructurar la dictadura timoneada por la clase revolucionaria. Esa crisis se traduce en el total desmoronamiento de la clase dominante, en su podredumbre. El actual gobierno de la burguesa UDP hace tiempo que ha dejado de ser tal: no plantea soluciones de gran vuelo a los problemas que se presentan todos los días y no puede hacerlo. El nacionalismo burgués se ha agotado totalmente y ha llegado al extremo de ya no poder alimentar a los trabajadores. En un momento de desesperación y a fín de sepultar la exigencia modestísima del salario mínimo vital (lo indispensable para no morirse de hambre), estableció una remuneración de hambre llamada " salario básico", a la que, siempre buscando desorientar a los que trabajan, se le aplicó la escala móvil (equivalía a prorrogar indefinidamente la miseria). En cierto momento de la crisis,

ese mismo gobierno, acostumbrado a falsificar los datos y las cifras, se ha negado a aplicar el decreto sobre escala móvil que había dictado poco antes. Recurre a la ayuda del imperialismo,se somete a los mandatos secantes y neocolonizadores del FMI, pretendiendo resolver las dificultades económicas con medidas limitadamente monetarias y concluye ofendiendo a obreros y a sus propios amos: los empresarios privados. Su extrema debilidad e inestabilidad políticas pretende superarlas con ayuda de la derecha clerical y de la tradicional reacción golpista. "Su" democracia busca asentarse debilitando y subalternizando al Poder Legislativo, al extremo de que el agotado "caudillo" muestra el rostro equívoco del dictador de mano blanda. Como recetas han fracasado tanto el golpe constitucional, como la convergencia, esta última ideada para imponer a los hambrientos la tregua social y política.

Lo anterior y mucho más, son indicadores de la evidencia de que la burguesía se sobrevive difícilmente en el poder; de que la historia está pidiendo a gritos de que sea expulsada del escenario y sepultada. Su podredumbre está envenenando el ambiente y ha llegado el momento de ajustar debidamente las cuentas con los opresores de marras.

Pueden traerse a colación muchos otros elementos, que, sin embargo, por sí solos no configuran un momento político. Lo decisivo es el hecho de que el tenebroso panorama económico – social que observamos tiene como telón de fondo el ascenso de las masas, su puesta en marcha, su gradual y persistente radicalización. Es por esto que decimos que actualmente se afirma la tendencia que lleva a una franca situación revolucionaria; ésta se dará en su plenitud cuando los explotados y los hambrientos se apoderen de las calles y ejecuten descomunales operaciones contra la ley y la autoridad. Constatado que nos encaminamos a la situación revolucionaria, nuestro deber elemental consiste en prepararnos debidamente para esa eventualidad, en dirigirnos a las masas para potenciarlas políticamente, en a-

yudar a la vanguardia obrera a comprender debidamente dicho proceso.

¿Cuánto puede durar una situación revolucionaria?. Un tiempo relativamente largo, pues todavía siguen en vigencia las dimensiones políticas. Los plazos tienen que medirse por meses. No puede decirse más, pues el mismo ritmo del proceso lo darán los propios explotados. La situación revolucionaria tiende a trocarse en la insurrección, diremos que la lleva en sus entrañas en germen; pero puede detenerse, frustrarse, retroceder e inclusive acabar en un aborto, esto debido a una serie de circunstancias distorsionantes. Como sucede en todo pronóstico político e histórico, nos limitamos a dejar sentada la tendencia que domina un determinado proceso, que bien puede no materializarse por la interferencia de factores inesperados y que por el momento no nos es posible descubrir.Si se produce una sangría del movimiento de masas, la situación revolucionaria truncada será seguida por el retroceso contrarrevolucionario, que hará reflotar los prejuicios y las ideas conservadoras, subrayando así el radicalismo de la etapa precedente.

Constatada la situación revolucionaria y ésta ya asoma su inconfundible perfil en el horizonte, corresponde trabajar con firmeza para sacar toda la ventaja posible del momento insurreccional contenido en un presente que tan activamente se proyecta hacia el porvenir. No hacerlo importaría una extrema irresponsabilidad y, lo que es peor, la certeza de que se trabaja para hacer fracasar la lucha por el poder o para tornarla en imposible.

Es en la situación revolucionaria cuando el partido político revolucionario logra imponerse ideológicamente sobre la nación oprimida y ganar el control de los sectores fundamentales de las masas, si no alcanza este objetivo no estará debidamente capacitado para cumplir su papel de estado mayor de los explotados en la lucha por la conquista del poder. No se trata de una formalidad, de un golpe osado de fortuna, de la captura artera de las direcciones

sindicales o cosa parecida, sino de la consecuencia de un trabajo sostenido durante todo el periodo precedente. Es la vanguardia estructurada la que va a probar su condición de tal, la que va a demostrar que es dirección segura, capaz y honesta.

El programa (expresión política de los intereses históricos de la clase obrera) está destinado a ser práctica, esto cuando los oprimidos, gracias a la mediación partidista, se apoderan de él. Para la organización partidista esa práctica se traduce en la concretización de la línea general o estratégica conforme a las constantes modificaciones de la situación política. Esa concretización se traduce en consignas con capacidad de movilización, pues no debe olvidarse que se está actuando en medio de una situación revolucionaria que tiende a trocarse en insurrección. En esto consiste el secreto de la política y su dominio otorga destreza y capacidad táctica al partido obrero.

Durante la situación revolucionaria se incorporan a la lucha las capas más vastas y hasta entonces vírgenes de las masas, este es uno de sus rasgos diferenciales. El fenómeno nuevo impondrá el remozamiento de las tradicionales formas organizativas y de los métodos de lucha. Los sindicatos tuvieron el tiempo suficiente para endurecerse organizativamente, para impedir los movimientos de amplios sectores de la población. El partido político aparece entonces como extremadamente pequeño, como inaccesible para quienes son más instinto que conciencia. Los viejos métodos de lucha se muestran extremadamente estrechos porque marginan de manera total las explosiones espontáneas que son inseparables de los que carecen de tradiciones políticas y organizativas: hay que remozarlos si se quiere luchar con eficacia contra la dictadura de la burguesía.

Esas masas recién venidas a la lucha necesitan canales de movilización, direcciones que las orienten en un terreno para ellas intocado. Por otro lado, cada día se ven colocadas frente a la necesidad de superar los escollos y la resis-

tencia que en su camino levantan los opresores. Se trata de una imperiosa necesidad que si no es satisfecha puede hundir a las masas en la derrota. Por estas razones y de manera imperiosa, las masas explotadas sacan de sus entrañas los órganos de poder, los crean de manera elemental e instintiva, sin esperar la venia ni las sugerencias de los profesionales de la política y menos de los presuntuosos intelectuales pequeñoburgueses. Estas amplísimas y elásticas organizaciones populares bien pronto se erigen en verdaderas direcciones políticas y en la única autoridad para sus adherentes; así devienen en un gobierno en germen, en autoridad indiscutible y soberana, en realidad que choca a diario con el poder central, lo que se traduce en dualidad de poderes. Estamos hablando de las organizaciones sovietistas, para usar un término que ha adquirido carta de ciudadanía en el vocabulario político. Los explotados consumarán la insurrección en el marco de estas organizaciones, que no podrán menos que convertirse en piedras fundamentales del futuro aparato estatal, de la dictadura del proletariado. A medida que se afirman, se ensanchan y los órganos de poder de las masas dan libre curso a sus posibilidades, se acentúa la dualidad de poderes que conduce a que estas últimas se planteen la urgencia de controlar todo el poder político, de convertirse de mayoría explotada y oprimida en gobernante.

Cuando las masas actúan en las calles, cuando autoritariamente imponen su voluntad y cuando arrastran a la mayoría de la población, levantan en alto su propia bandera, sus propias ideas, su propio programa, su propia estrategia y afirman su voluntad de marchar inquebrantablemente hacia la conquista del poder político. Comprendemos que son ideas heréticas, irreverencias que buscan echar por tierra todo el ordenamiento jurídico, toda la ideología imperante, todas las sagradas verdades que se venían difundiendo a través de las universidades, de la escuela, del púlpito, de la prensa, de la televisión, del ru-

mor debidamente calculado; la añeja ideología, convertida en prejuicio, en serio obstáculo para el desarrollo de la ciencia y para la búsqueda de la verdad, debe caer y caerá más tarde o más temprano. En los momentos iniciales el movimiento de masas y la difusión de sus ideas son perseguidos sañudamente; pero cuando las multitudes se incorporan y cuando ganan las ciudades, necesariamente imponen un clima democrático, al margen del cual no pueden existir. La situación revolucionaria y su proyección hacia el momento insurrecional suponen la vigencia de las libertades de reunión, de opinión, de prensa, de difusión de las ideas, etc, no como resultado de un obsequio de autoridades que pueden fingir ser democráticas, sino como imposición violenta de las gentes sin conocida identidad y hasta ahora acostumbradas a callar. El partido político lo que hace es dar contenido político a todo este proceso, ayudar a la organización y a la educación de sectores siempre más amplios de las mayorías. Claro que para poder cumplir esta misión, antes tiene que haberse autoeducado y crecido numérica y cualitativamente lo suficiente. Es la etapa de la amplia difusión de las ideas políticas.

Se trata de la etapa en la qúe la clase revolucionaria atrae hacia sus filas a los mejores elementos de las otras clases sociales y particularmente de la inteligencia pequeño-burguesa.La minoría proletaria tiende a agigantarse porque afirma su liderazgo sobre la mayoría nacional, porque se materializa la alianza obrero — campesina. Pero, además, se engrandece ideológica y políticamente, esto porque se ve obligada a dar respuesta a los descomunales problemas que plantea el atraso del país y la conducción de las masas no asalariadas: habiendose apoderado de los principios revolucionarios plantea soluciones inéditas, que ya son atisbos teóricos. El partido revolucionario, al interpretar este proceso y darle expresión política, crea teoría y enriquece el marxismo. Las masas explotadas han ingresado a su período creador y los intelectuales harán bien al se-

guir aplicadamente todo lo que hagan los del llano.Las agrupaciones que persistan en no abandonar su paternalismo y en su pretensión de enseñar a los explotados en materia organizativa y de los métodos de lucha,consluirán rompiéndose las narices.

¿Cuándo madura lo suficiente una situación revolucionaria y puede esperarse que se trueque en insurrección?. Cuando las masas, como consecuencia de su propia concentración y superación en la lucha diaria, como resultado de la mecánica interna del proceso, se ven colocadas frente al gobierno y concluyen convenciéndose que no les queda más camino que conquistar el poder. Así le plantean al partido político la pregunta acuciante de "¿y ahora qué?"; la vanguardia revolucionaria tiene posibilidades de superarse si es capaz de dar oportunamente la respuesta adecuada, respuesta que toca a la estrategia, pues se trata de materializarla, de contribuir al cumplimiento de las leyes de la historia, conjunto que no tarda enproyectarse en el mundo de las ideas.

Si durante la situación revolucionaria ha sido preciso pasar severa revista crítica a las armas ideológicas que disponía el partido, en sus peldaños más altos será preciso proceder a un radical reequipamiento, pues la urgencia de marchar con la historia le impondrá la necesidad de enfrentarse con una novedosa realidad. Es preciso ingresar al período insurreccional con las armas debidamente aguzadas.

III.— ARMAMENTO, EJERCITO E INSURRECCION.

Las masas puestas en pie de combate tienen necesariamente que aprender a armarse, a organizarse para los encuentros armados, pues tendrán que desbaratar la acción represiva de las organizaciones de corte fascista que estructure la clase dominante a través de sus servicios de inteligencia. Son los primeros núcleos que luego participarán en

la lucha directa por el poder. Se trata de un armamento precario, casero, fabricado en base de los materiales que los obreros usan todos los días, producto del ingenio más que de la posesión de grandes recursos tecnológicos cuyo desarrollo está impulsado por la necesidad de poner a salvo la integridad física de las organizaciones de masas y del propio partido revolucionario. En Bolivia, el trotskysmo hace decenios que viene enseñando está práctica y los explotados han dado pruebas suficientes de haber asimilado las lecciones. La "Tesis de Pulacayo" sostiene acertadamente que en esta cuestión lo fundamental radica en que los explotados lleguen al convencimiento político de que deben armarse para combatir eficazmente contra la opresión burguesa. Los trabajadores, particularmente los mineros,han contado en varias oportunidades con importantes arsenales en sus organizaciones sindicales y han sido otras tantas veces desarmados, ya sea en la lucha o como consecuencia de la labor traidora de la burocracia laboral. Estas lecciones de la historia se incorporan como parte del arsenal de la nueva clase obrera que está llamada a consumar la captura del poder, como el camino que conduce a la verdadera liberación de los explotados y oprimidos.

Sería ingenuo pretender derrotar a un ejército de la burguesía totalmente intacto con armamento tan sumario. Es claro que el minucioso conocimiento del medio geográfico y la descomunal imaginación y heroismo de los combatientes puede permitir mantener la guerra irregular (guerra de guerrillas) por mucho tiempo, a condición de que se trate de la acción armada de las masas. La trascendencia de esta actividad radica en que se echan las bases para la futura lucha insurreccional y para el nuevo ejército de la revolución. El partido impulsará el armamento de las masas (claro que se trata de los núcleos de vanguardia de éstas),al mismo tiempo que procederá a organizar sus propios piquetes de choque y de seguridad. Las milicias armadas de obreros y campesinos tradicionalmente han

pertenecido a los sindicatos y han estado concentradas en ellos; es aconsejable mantener esta tradición, teniendo cuidado de luchar con toda energía contra el peligro de su posible degeneración burocrática o política.

Esa criatura de la burguesía que es el ejército y que de ninguna manera permanece ajeno a la lucha de clases y que, más bien, la refleja y ocupa un determinado lugar dentro de ella, no puede menos que soportar la descomunal presión ejercitada sobre él por las masas movilizadas y radicalizadas. El país todo se ve dividido entre quienes luchan contra la miseria y la opresión y la pequeña minoría empeñada en poner a salvo sus odiosos privilegios. Es natural que la alta jerarquía castrense, las capas uniformadas superiores y los elementos ideológicamente ganados por la prédica totalitaria y filofascista del imperialismo, se suelden más que nunca con la moribunda burguesía, que se empeñen por encontrar los medios para su supervivencia. Estos elementos truenan contra la democracia y las garantías constitucionales, que tan ligera e irresponsablemente las identifican nada menos que con el comunismo, y se afanan por concentrar en sus manos el aparato estatal, para desde las cumbres imponer a bala el silencio sepulcral a los explotados.

Pero, la ancha base social de las Fuerzas Armadas, compuesta por soldados, sargentos, suboficiales y jóvenes oficiales, tan estrechamente vinculados con el proletariado, con los sectores empobrecidos de la clase media y hasta con el campesinado, se convierten en el canal a través del cual llega la influencia de los alzados hasta el seno de la institución que concentra la capacidad compulsiva del Estado. Este amplio sector de uniformados puede y debe ser ganado para las posiciones revolucionarias, lo que se convierte en uno de los prerrequisitos que puede hacer posible la victoria de la insurrección.

Si las masas sumariamente armadas no pueden batir a un ejército ideológicamente intacto en batalla formal,

pueden derrotar a la burguesía y a su gobierno con ayuda de sus propios piquetes armados y a través de la movilización de los sectores del ejército que se han pasado a las trincheras revolucionarias. No puede haber la menor duda de que en la base de este proceso se encuentran la movilización y radicalización de las masas explotadas. Las Fuerzas Armadas han sido estructuradas para poner a salvo la propiedad privada de la amenaza del proletariado y de los hambrientos, precisamente; sin embargo, en cierto momento las presuntas víctimas pueden accionar vigorosamente sobre sus posibles verdugos y ganarlos para su causa, este hecho es convertido, por el desarrollo de los acontecimientos, en el suceso de mayor trascendencia para la existencia misma del país. Lo que podría esperarse que sea únicamente presión física se trueca en presión ideológica y política, expresada a cabalidad por el partido revolucionario La descomunal lucha entre el orden social que va a nacer, que es todavía germen, y la vieja sociedad, se traduce en enfrentamiento de ideas, de objetivos ideológicos, de finalidades estratégicas, que se concretizan en diversas formas de gobierno. Las poderosas fuerzas de la historia se encarnan en la nueva sociedad que debe nacer y que para hacerlo no puede menos que destruir todo lo caduco y en descomposición que encuentra a su paso. Es en este proceso que parte del ejército es ganado para la revolución, lo que es posible gracias a una particular política militar desarrollada por el partido del proletariado. No se trata de decir únicamente a los soldados que urge destruir a la vieja y corrupta sociedad capitalista, que es preciso luchar por el comunismo, etc, sino de plantear la solución de los problemas de unas fuerzas armadas en plena desintegración, carentes de ideología propia, subalternizadas al extremo de haberse convertido en gendarmes al servicio nada menos que de la metrópoli imperialista opresora y saqueadora, de mostrar el camino a sargentos, suboficiales y jóvenes oficiales, para que puedan realizarse y superarse profesionalmente, para

que puedan dedicar su existencia a la lucha en favor del bienestar de los sectores mayoritarios de la sociedad. Esta labor puede hacerla únicamente el proletariado, representado por su partido, en pugna directa con la burguesía y con el imperialismo. Cuando decimos que la clase obrera está llamada a convertise en caudillo nacional, estamos pensando también en la mayoría oprimida, postergada, explotada del ejército. Hay que disputarle a la burguesía, palmo a palmo, el control del ejército.

La situación revolucionaria le permite al partido del proletariado poder actuar vigorosamente con sus ideas y con su programa sobre las fuerzas armadas. La poderosa presión de las masas subvertidas plantea a los elementos uniformados una serie de problemas para ellos inéditos y que precisan de una pronta respuesta, pues su porvenir depende de que se dé ésta. El partido político les ofrece esas respuestas y una bandera límpida por la cual luchar.

No se trata de halagar a generales y coroneles para que consumen el consabido golpe de Estado y así, cogidos de sus casacas, poder ingresar al Palacio Quemado por lo menos por las ventanas. Esta inconducta llevaría directamente a la derrota de las masas, a la pérdida de su propia perspectiva, a colocarlas detrás de la clase dominante. El objetivo concreto tiene que ser ganar a los hombres tecnificados en el manejo de las ametralladoras a través de una severa crítica de las desviaciones golpistas, providencialistas, autoritarias, que se presentan casi como emanaciones naturales en quienes parecen haber sido educados sobre todo para mandar e imponerse a través de la violencia; ganarlos a través de una detenida educación ideológica y doctrinal. Los uniformados se convertirán en revolucionarios únicamente cuando sean capaces de manejar adecuadamente la doctrina marxista, el método del materialismo histórico, instrumentos que les permitirán explicarse lo que viene sucediendo en la sociedad y en sus propios cerebros. Estamos planteando la urgencia de estructurar una vigorosa tendencia

revolucionaria militar, que en su momento sea capaz de orientar los movimientos del mismo ejército. Esta tarea no se la hará en plena insurrección, sino ahora, en la presente etapa, que es la de su preparación. El éxito que se tenga en la materialización de la política militar de la clase obrera (que tanto vale decir de su partido) se traducirá en el éxito de la lucha directa por el poder. Escicionar a las fuerzas armadas, neutralizar su capacidad de fuego, sumar a una parte de ellas a las huestes revolucionarias, constituyen operaciones de vital importancia.

Hasta tanto no se supere la situación revolucionaria y no se trueque en insurrección, el problema del armamento de las masas, el trabajo en el seno del ejército, son esencialmente políticos; tienen que ser afrontados y resueltos como tales. Cuando nos referimos al armamento de las masas no podemos limitarnos a la constitución necesaria e imprescindible de los piquetes armados, sino que estamos pensando que en el momento oportuno, y que en ciertas circunstancias puede convertirse en algo vital, las mayorías deben empuñar los fusiles; esto es importante sobre todo tratándose de la perspectiva de la guerra civil. La masificación del armamento solamente puede darse si se alcanza a abrir los arsenales de los cuarteles: la política militar se encamina a lograr tal objetivo. Esta idea y esta práctica se convierten en algo aterrador para la clase dominante. En la actualidad, cuando se pregona por los cuatro vientos que estamos viviendo bajo un régimen democrático el gobierno, que dice ser respetuoso de la voluntad popular, ya ha expresado que procederá a requisar las armas que pudiesen encontrarse en poder de civiles; la misma actitud fue observada e impuesta por el imperialismo en el pasado no lejano. Con todo, la batalla por el armamento efectivo de las masas tiene que ser ganada en los cuarteles y no en la periferia del contrabando o de los asaltos aislados, que solamente pueden servir para entregar pertrechos bélicos a grupos minoritarios.

No creemos que sea este el lugar para referirnos a las medidas técnicas precisas que faciliten la organización y entrenamiento de los piquetes armados de las organizaciones de masas y del propio partido político. Nos toca añadir únicamente que esas disposiciones técnicas y administrativas deben estar sometidas a la política revolucionaria y ser puestas en práctica a su servicio.

La clase obrera y las masas en general no pueden ser reacias a la utilización de los métodos de la guerra irregular y que en determinadas condiciones pueden imponerse como insoslayables. Nadie ignora que las guerrillas, un método propio de las masas oprimidas campesinas, ya fueron utilizadas mucho antes de la aparición del capitalismo. Su uso se impone cuando los explotados se ven enfrentados a efectivos militares muy superiores en armamento y organización. La debilidad de la capacidad de fuego puede ser superada, en cierta manera, con ayuda de la astucia en los movimientos, con el aprovechamiento de la topografía, con la ingeniosidad con la que se improvisan las armas, etc. La lucha revolucionaria tiene que hacernos pensar, sobre todo después de lo sucedido en la pequeña isla de Grenada, que no debe descartarse la posibilidad de una larga lucha, que sería uno de los aspectos de la guerra civil, contra las fuerzas de la burguesía nativa o bien contra los invasores imperialistas; los problemas del armamento y militar no pueden excluir la lucha guerrillera entre sus métodos. En esta materia, será bien que las masas, particularmente a través de su partido político, asimilen toda la rica experiencia que al respecto existe en el país.

Todo lo dicho no excluye la posibilidad del potenciamiento en materia militar gracias a la ayuda y cooperación internacionales. Nos estamos refiriendo a concretizaciones del internacionalismo proletario y no a la renuncia de los principios programáticos para hacer posible los manipuleos diplomáticos. Nuestra fuerza radica en que somos una sola clase oprimida en todo el mundo y no en las componendas

con la burguesía en las cumbres gubernamentales.

IV.—HUELGA GENERAL E INSURRECCION.

La huelga es uno de los métodos propios del proletariado; ha sido creada instintivamente por las masas empeñadas en acabar con los abusos de la burguesía, con la excesiva explotación y con el mismo orden social vigente. Solamente más tarde, los políticos y los ideólogos se vieron obligados a asimilar dicho método, tantas veces deformado en las interpretaciones antojadizas. La huelga, cesación en el trabajo, constituye fundamentalmente una forma de presión y de resistencia. El predominio de la producción de mercancías, con sus enormes aglomeraciones humanas y su creciente concentración, otorgan a la huelga su enorme poderío. La cesación del proceso productivo es algo sumamente grave para la burguesía. La huelga es una de las expresiones más importantes de la acción directa e igual que ésta aparece distorsionada en el pensamiento de numerosas corrientes que pretenden pasar como socialistas. No es el único método de lucha de los explotados, pero se trata de uno de los más importantes. Aparece en cierto momento de desarrollo del capitalismo y de la clase obrera.

Las huelgas parciales, aisladas, por fábricas, bajo las numerosas formas que pueden adquirir, no rebasan la lucha tradeunionista, economista y están muy lejos de poder convertirse en parte integrante de la política revolucionaria. El ascenso y movilización de las masas pasa por esta clase de huelgas, que unas veces y con mayor frecuencia, pueden plantearse objetivos salariales y otras veces buscar reivindicaciones de corte político. Muchas de las oleadas huelguísticas están conformadas de este tipo de huelgas desperdigadas, incoherentes y que no logran fundirse en un programa único y bajo una dirección también única. Generalmente se agotan y se ven limitadas en su estrecho marco. Casi generalmente son expresión del empuje de los

explotados, pero también pueden ser el resultado de la desesperación de las masas, cuando éstas ya se encuentran en pleno retroceso. Su evaluación tiene que verificarse dentro del conjunto de una determinada situación política. En el presente análisis únicamente de pasada nos referimos a esta clase de huelgas, lo que no quiere decir que no le demos importancia.

Ahora analizamos las proyecciones de una especie particular de huelga: la de masas o política. Sólo tardíamente, a fines del siglo pasado y a comienzos del presente, ha sido reconocida como importante forma de lucha política de los explotados. Su apreciación se vió enturbiada por las iniciales interpretaciones que de ella hicieron los anarquistas. Correspondió al ala revolucionaria de la socialdemocracia ubicar la cuestión en sus verdaderas dimensiones.

¿Encontramos en la izquierda boliviana alguna claridad al respecto? La respuesta es negativa. En ningún momento se la ha estudiado en relación con el problema de la insurrección, pero tampoco se ha hecho nada para disipar los malentendidos que flotan alrededor de las proyecciones de la huelga de masas.

La lucha política es para nosotros la lucha de clase contra clase, que importa la movilización de los explotados alrededor de los intereses generales clasistas. Esta lucha, por ser general y por chocar contra la burguesía en su conjunto, necesariamente tiene como eje el destino del poder político. El gobierno no es más que el administrador de los intereses generales de la clase dominante, intereses que son puestos en tela de juicio cuando los explotados se levantan en su conjunto y, por tanto, plantean de manera obligada la posibilidad de acabar con todo el orden social establecido. La huelga general (o política de masas) es la expresión de esta lucha de clase contra clase, de aquí arranca la posibilidad de que adquiera proyecciones insospechadas y revolucionarias, al extremo de poder convertirse en una de las palancas impulsoras de la insurrección.

La lucha sigue siendo económica en la medida en que se limita a poner en pie de combate a algunos sectores de la clase dominada contra ciertos capitalistas, esto pese a la belicosidad y heroismo que puedan demostrar los explotados e inclusive a las reivindicaciones de corte político que pueden plantearse. Pero si este movimiento se generaliza o pone en pie de combate a toda la clase obrera contra la burguesía en su conjunto, es decir, contra "su" Estado, aunque se trate de un aumento salarial (en la actualidad este sería el caso de la demanda de salario mínimo vital con escala móvil), se convierte en lucha política. Es indiscutible que este criterio debe también aplicarse al movimiento huelguístico.

Para los anarquistas y también para los sindicalistas revolucionarios europeos (franceses), la huelga general es ya la revolución en su punto culminante, es decir, la insurrección. Supondría para unos la automática y mecánica desaparición del Estado (como expresión de los amos en la tierra) y para los otros la automática y mecánica estructuración de la dictadura del proletariado. Por muy general y política que sea la huelga sigue siendo una paralización del proceso de la producción y no la lucha directa por la conquista del poder, por la destrucción del aparato del viejo Estado burgués, es esto lo que se resisten a comprender anarquistas y sindicalistas revolucionarios..., lamentablemente también nuestros socialistas de tierra adentro adoptan la misma actitud negativa.

La formulación de la huelga general o política dentro de tales perspectivas puede perfectamente ser hecha al margen de la actividad e inclusive de la existencia del partido de la clase obrera. Es preciso no olvidar que para estos señores la huelga general supondría la automática destrucción o toma del aparato estatal. Desde este punto de vista, la existencia y acción del partido revolucionario están por demás: las masas por sí mismas pueden cumplir todas las tareas.

De manera obligada, concluyen estos señores que la huelga general constituye el único método de lucha de los explotados y una panacea que puede resolver los más grandes problemas de la lucha de clases. El activismo desesperado alrededor del desencadenamiento de la huelga general (mejor cuanto antes)sustituye con ventaja al trabajo encaminado a poner en pie a la organización partidista. Sería el único camino que puede conducir a la conquista del poder. Siendo ya la insurrección no precisa trocarse en nada, desarrollarse, pues se basta a sí misma. Hay que subrayar, aun a riesgo de pecar de reiterativos, que para esta gente desencadenar la huelga importa ya resolver el agudo problema de la conquista del poder. Planteada así la cuestión, es claro que no puede existir ningún otro método de lucha que pueda sustituirla.

En nuestro país vemos a gentes que todos los días apuestan a la huelga general y practican con preferencia el terrorismo verbal. Los problemas de la revolución se concentran y resuelven en dicha consigna, que puede adquirir carácter propagandístico o agitativo, según el gusto del cliente. Para los marxistas la clave del problema de la insurrección, capaz de asegurar la construcción de la dictadura del proletariado, radica en la existencia y fortalecimiento del partido revolucionario. Los sindicalistas del más diverso tipo ven las cosas de otra manera: la huelga general no puede estar supeditada al problema del partido y es capaz, por si sola,de asegurar la victoria.

¿Por qué dicen los marxistas que la huelga general lleva en sus entrañas la posibilidad de la guerra civil o de la insurrección? Precisamente porque es la expresión de la lucha de clase contra clase. Pero de aquí no puede decirse que sea ya la guerra civil o la insurrección; lo más que puede es ser parte integrante, un episodio de la guerra civil, que tiene que ser considerada como el enfrentamiento físico entre la clase obrera y el gobierno burgués,

aunque en momento alguno pudo englobarla en su integridad. La guerra civil busca conducir a la insurrección, esto porque su objetivo central no es otro que la conquista del poder.

La huelga general tiene todavía que trocarse en insurrección para poder resolver la cuestión del poder. Se trata de una tendencia o de una posibilidad que puede o no traducirse en realidad, esto según las condiciones políticas concretas, definidas fundamentalmente por las modificaciones que se producen en la conciencia de las clases sociales. Se va a dar la insurrrección cuando los explotados lleguen al convencimiento de que deben tomar el poder; entonces el partido revolucionario elevará políticamente lo que es ya certidumbre entre aquellos y la traducirá en consigna movilizadora. Pero, puede ocurrir de que en entretanto se cansen las masas o se desilusionen de la lucha y retrocedan frustrando así la posibilidad de que la situación revolucionaria llegue a su punto culminante. Si esto sucede, es claro que la mayoría no se propone aún acabar con el gobierno burgués, que no se plantea la insurrección. Como se ve, la huelga general no conduce de manera lineal, mecánica y fatalista a la insurrección y necesariamente tiene que pasar por las modificaciones de la conciencia de las masas.

De la misma manera que la guerra civil no supone necesariamente la huelga general, ésta puede estar ausente en la víspera de la insurrección. El proceso del octubre ruso de 1917 no pasó por la huelga general, dominó el escenario el conflicto alrededor del traslado de las tropas del ejército de Petrogrado al frente de guerra. Esto permite aconsejar a los revolucionarios de que no se limiten a concentrar su atención alrededor de la posibilidad del estallido de la huelga de masas, sino que tengan presente todas las manifestaciones de la vida social. Se puede decir que numerosos caminos pueden conducir a la insurrección.

Los que apuestan a la huelga general y al hacerlo pasan por alto el problema del partido político, han caído en el

más barato espontaneísmo: las masas pueden solas cumplir todas las metas y esto de manera natural; no es preciso preparar la insurrección porque ella vendrá sola a través de la huelga general protagonizada por los sectores mayoritarios. El espontaneísmo también se exterioriza en la actitud de quienes creen que todo lo que hacen las masas es simplemente revolucionario, que nunca se equivocan y que, por tanto, sus organizaciones siempre están en el buen camino. Este espontaneismo es prueba de ultrismo, pero conduce no solamente a posiciones capituladoras, sino a actitudes aventureras.

La huelga general no puede ser desencadenada en cualquier momento y las masas no siempre están dispuestas a protagonizarla, no importando en qué momento. Lo último es como plantear el extremo de que los explotados debido a su alto grado de madurez de conciencia, están invariablemente prontos, no importando para nada las circunstancias políticas imperantes, para lanzarse a la lucha directa por el poder. El que haya o no la huelga general sería, pues, el resultado exclusivo de la conducta del partido que se autoreclama revolucionario. Este planteamiento entra en flagrante contradicción con el espontaneísmo de los explotados.

De lo dicho más arriba hay que concluir que puede darse la insurrección y, por tanto, consumarse la conquista del poder en cualquier momento. El factor determinante: el atrevimiento de las direcciones políticas y no las modificaciones en la situación política y en la conciencia de las masas. Semejante "teoría" no podrá menos que conducir directamente al aventurerismo, a la sustitución de la política revolucionaria por el golpismo.

La utilización adecuada y eficaz del método de lucha de la huelga general está condicionada por las circunstancias políticas imperantes y por la actitud de las masas. Esto quiere decir que deben ser estas últimas las que la adopten, que estén lo suficientemente dispuestas y maduras para ha-

cerlo. Constituye el mayor de los errores el que las direcciones políticas o los intelectuales pequeñoburgueses pretendan imponerla a los explotados, no importando en qué momento y en qué circunstancias. La conducta arbitraria y despótica de los dirigentes que juegan con la huelga no puede menos que conducir a la derrota.

Los explotados se apoderarán del método de lucha de la huelga general cuando lleguen al convencimiento de que no les queda ningún otro recurso. Se trata de una lucha dura, sobre todo en nuestro país donde se carece de bolsas pro - huelga, pese a la larga prédica hecha en favor de esta medida por el trotskysmo; claro que cuando las relaciones entre las clases sociales son muy tensas, la huelga emerge por encima de todo cálculo y de toda posibilidad de sacrificio. Lo dicho demuestra lo absurdo que resulta pretender imponer a las masas la adopción de la huelga general, hecho que nos permitimos subrrayar.

Una cosa es la preparación de la huelga por parte de las masas o sus organizaciones propias y otra muy distinta el parloteo gimnástico de las capillas políticas alrededor de esta medida. En la etapa preparatoria es correcto oponer todas lasobjeciones a su adopción, pero cuando ha estallado, importa poco en qué condiciones, el deber de todo revolucionario es apoyarla incondicionalmente y trabajar con firmeza con miras a su victoria en el menor tiempo posible y con el mayor ahorro de energías.

En las circunstancias actuales de Bolivia, donde la lucha política y revolucionaria se concentra en la reivindicación del salario mínimo vital con escala móvil, a imponerse de manera inmediata, parece que el proceso tiende a desembocar en una huelga general, lo que por sí mismo constituiría una seria derrota para la burocracia cobista, mucho más si se logra estructurar un comité de huelga. Sin embargo, la extrema debilidad del gobierno nacionalista, su inestabilidad inobjetable, pueden conducir al desenlace del conflicto mucho antes de que pueda darse

la huelga general. Si llega a consumarse, y lo haría luego de vencer la resistencia, las maniobras y las artimañas de la burocracia, controlada en su gran mayoría por la gobernante UDP, es claro que nosotros gritaremos "¡Viva la huelga!" y trabajaremos seriamente por su victoria, porque desemboque en la insurrección. En este último caso todavía tendrá que verse si logra trocarse en lucha directa por el poder, esto siempre que así lo deseen las masas explotadas.

Tal actitud, que tiene presente la necesidad de que no se frustre la lucha por el poder, no tiene nada en común con la adoptada por quienes se entretienen en jugar con el terrorismo verbal, con los que hacen pirotecnia recitando acerca de las virtudes milagrosas de la huelga general.

Si no debe buscarse imponer a los explotados la huelga, se debe observar con la debida atención las reacciones de aquellos, a fin de detectar el momento en que puede estallar el paro de la producción en escala nacional. Esto permitirá que el partido pueda potenciar políticamente las actitudes que asuman las masas. Desterremos el inveterado paternalismo pequeñoburgués.

La huelga general obrera debe ensamblarse con la actitud revolucionaria que asuman los campesinos. Esa huelga debe proyectarse al agro como bloqueo de caminos, entonces mejorarán las condiciones para que pueda pasarse a la lucha directa por la conquista del poder. La huelga general supone una dirección nacional única que debería darse de manera natural a través de la C.O.B., desgraciadamente atacada ahora de una aguda burocratización. En circunstancias especiales, las masas sabrán darse esa dirección única.

V.– LA INSURRECCION.

Consideramos la insurrección como la lucha directa por la conquista del poder, cuando la política revolucionaria habla el lenguaje de los fusiles, cuando se trueca en acción

militar. Se trata del punto culminante de la situación revolucionaria, de una parte integrante del proceso revolucionario. Constituiría el mayor de los errores el considerarla de manera independiente a las condiciones políticas imperantes y el creer que cae de cualquier parte totalmente elaborada, de contornos perfectos, casi al margen de la política y la lucha de clases.

No debe confundirsela con el proceso revolucionario, pues se trata solamente de uno de sus momentos, ciertamente el más elevado y entonces puede resumir y resolver la esencia de toda revolución: la conquista del poder. Ya hemos indicado que se trata de la continuación de la política revolucionaria por otros medios, lo que supone que se trueca en acción armada. Es entonces que la idea revolucionaria se convierte en fuerza material, al extremo de q. se traduce én acción. La misma lucha de clases encuentra aquí su punto culminante.

Lenin escribió: "la insurrección, para poder triunfar, no debe apoyarse en una conjura, un partido, sino en la clase de vanguardia. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el entusiasmo revolucionario del pueblo. Y en tercer lugar, debe apoyarse en el momento crítico de la historia de la creciente revolución en que sea mayor la actividad de la vanguardia del pueblo, en que sean mayores las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, inconsecuentes e indecisos de la revolución. Estas tres condiciones al plantear el problema de la insurrección, son precisamente las que diferencian al marxismo y el blanquismo".

Lo anterior demuestra que la insurrección solamente puede darse como punto culminante de la situación revolucionaria, que asegura que la conspiración se apoye en el entusiasmo de todo el pueblo, lo interprete y le dé su debido contenido político. Algún tonto, pretendiendo pontificar, ha dicho que le poder se conquista con las armas y no con acciones de masas. Olvidó que las armas sin el res-

paldo de estas acciones de los explotados no tienen capacidad para continuar la política revolucionaria. Son las masas las que toman el poder a través de su partido político y empuñando los fusiles, en esto consiste, precisamente, la insurrección. No puede darse en cualquier momento, por ejemplo cuando recién se ha iniciado el proceso revolucionario, en sus comienzos, y ni siquiera cuando la etapa superior de la situación revolucionaria aún no ha llegado a su punto cenital, si tal sucediese se trataría lamentablemente de un aborto. Pero, tampoco puede ser desencadenada cuando las masas han comenzado a retroceder, lo que importaría desencadenar la más seria derrota.

Los izquierdistas que nos rodean y que vienen inventando una serie de argumentos para justificar su total repudio a la lucha directa por el poder, por algo sirven tan obsecuentemente a la burguesía en el poder, subrayan que es incorrecto plantear la insurrección porque no está presente el partido revolucionario. Aunque la insurrección y su desarrollo están marcados a fuego por las modificaciones que se producen en la conciencia de las masas, para los teóricos y el partido revolucionario se trata de un proceso objetivo: puede darse y se da independiente de nuestros buenos deseos por su postergación. A veces han señalado que se trata de un puro aventurerismo porque no están maduras las condiciones para el advenimiento del socialismo en nuestro país (las fuerzas productivas no estarían maduras para ello, etc.). No vamos a repetir la evidencia de que esa madurez se da en el plano internacional y que es desde afuera que nos han hecho madurar para la revolución proletaria, en esta época de la revolución socialista mundial.

La insurrección puede ser espontánea, puede darse aunque esté ausente el partido revolucionario. Las masas la desencadenarán obedeciendo a las incitaciones venidas de tiendas políticas que les son extrañas o al margen de ellas. Las jornadas del 9 de abril de 1952 tuvieron mucho de esto. Los espontaneistas y todos los que defienden el orden bur-

gués consideran que la insurrección solamente puede darse así. ¿Acaso dicen otra cosa los que identifican insurrección con huelga general?. La insurrección se produce espontáneamente, pero el poder continuará en manos de alguna de las expresiones políticas de la propia clase dominante y la propiedad privada permanecerá intocada. Para los explotados se trata de una frustración. El partido revolucionario está en la obligaciónde explicarla descarnadamente, por encima de la heroicidad demostrada en la lucha por los oprimidos, pues es su deber prevenir acerca de sus consecuencias negativas, única forma de contribuir a la preparación de la futura insurrección convertida en la lucha directa por la conquista del poder por parte del proletariado.

La insurrección obrera tiene similitudes y diferencias profundas con las conspiración. Son similares porque también la insurrección debe ser cuidadosamente preparada, debe ser el producto de la conspiración dirigida por el partido del proletariado. Las diferencias, cuyo volumen no es necesario subrayar, se refieren a que el blanquismo (pura conspiración) actúa a espaldas de las masas, como actividad propia de una minoría selecta y debidamente entrenada (que tan perfectamente fue encarnada en el caudillo revolucionario Blanqui del siglo XIX), siempre de espaldas a las masas, esmerándose por ignorar lo que ocurre en el seno de ellas.

(Luis Augusto Blanqui — 1805 - 1881 — : socialista utopista francés, participó en los levantamientos y revoluciones registrados en Francia desde 1830 hasta 1870 y fue el inspirador de varias sociedades revolucionarias secretas. Propugnaba la táctica de las conspiraciones y nunca comprendió el papel decisivo de las masas y de sus organizaciones. La Comuna de Paris lo libertó).

La insurrección producto de un plan, de una conspiración es la acción dirigida por el partido político y la única que puede asegurar al proletariado la victoria, porque permitirá que tome el poder y se convierta en clase gobernan-

te, a través de la estructuración de su propia dictadura basada en los órganos de poder de las masas. Nosotros luchamos por esta insurrección,nos preparamos ahora mismo para poder cumplir satisfactoriamente nuestro papel en el momento preciso. La férrea estructuración y fortalecimiento partidistas se convierten en la clave del triunfo insurreccional, esto quiere decir que esa clave es esencialmente política.

De la misma manera que se trabaja con firmeza para lograr el éxito de la huelga desencadenada, se participa en la insurrección y se la prepara con miras a que sea coronada con la victoria. No se puede perder de vista que está en el tapete la suerte de las masas en general y del proletariado en particular, tanto vale decir, del partido revolucionario. Por esto no puede jugarse a la insurrección; como señalaron Marx y Engels debe ser tratada como un arte, respetando sus propias leyes. Es importante recordar lo que al respecto dijo Trotsky: "en la combinación de la insurrección de masas con la conspiración, en la subordinación del complot a la insurrección, en la organización de ia insurrección a través de la conspiración, consiste aquel capítulo complejo y lleno de responsabilidades de la política revolucionaria que Marx y Engels denominaban 'el arte de la insurrección'. Ello supone una correcta dirección general de las masas, una orientación flexible ante las circunstancias cambiantes, un plan meditado de ofensiva, prudencia en los preparativos técnicos y audacia en dar el golpe".

Pueden citarse algunas reglas del arte de la conspiración, que tiene que ser materia de especial estudio para los revolucionarios. No olvidar que se trata de un combate que busca expulsar a la burguesía de su última guarida, que aunque acorralada y moribunda no abandonará el escenario de buena gana, sino que agotará todos los recursos de que disponga para quedarse como dueña del poder. Esto obliga, en primer término, a concentrar en los puntos vitales la mayor capacidad de fuego: no per-

der de vista la evidencia de que nos corresponde imponernos ganando la batalla. Toda dispersión de efectivos, como si se tratase de un juego, no puede menos que acarrear el descalabro de los insurrectos. Son los efectivos armados de las masas los que atacan y en el monopolio de la ofensiva radica una de sus ventajas; tienen que agotarse los recursos para que el enemigo no nos obligue a pasar a la defensiva, que bien puede convertise en la causa de la derrota. Los que se lanzan a conquistar el poder se apoyan en la ansiedad de todo el pueblo, aquí radica su fortaleza, en último término, pero en la lucha insurreccional ese apoyo se traduce en el vigor de los efectivos armados, en el entusiasmo con el que apoyan las acciones las fracciones revolucionarias militantes: una inteligente organización y dirección de los mismos se convertirá en el factor de la victoria. En Bolivia no es posible que la clase obrera triunfe en la lucha insurreccional si no combina sus movimientos con los de la masa campesina en el agro y con los de las capas más belicosas y politizadas de la clase media, sobre todo con los de los estudiantes. La insurrección debe seguir siendo la acción armada de la mayoría de la población. Corresponde tomar las providencias necesarias para controlar los centros vitales de las ciudades, de las minas, de las fábricas y del campo (aquí se trata de inmovilizar el país bloqueando los caminos). No puede esperarse vencer si no se tiene capacidad para controlar la electricidad, los teléfonos, las comunicaciones en general, el agua, el funcionamiento o paralización de las fábricas, etc.). Se tiene que estudiar las particularidades que adquirirá la lucha callejera en las ciudades bolivianas, caracterizadas por las ausencia de grandes y anchas avenidas y rebosantes de recovecos y callejones: la táctica, los movimientos y las armas deben adaptarse a estas particularidades: las de corto alcance, las granadas y las bombas cobran importancia, etc. Todas las acciones armadas se potencian cuando cuentan con el apoyo entusiasta y militante de la población.

Para los trotskystas es algo que se da por seguro el que las mujeres combatirán igual que los hombres, ya en la militancia no se percibe diferencia entre ellos. Sin embargo, existe un elemento que no siempre es considerado debidamente: la participación de capas de combatientes muy jóvenes, casi conformadas por niños. El entusiasmo pletórico, la desbordante imaginación, el heroismo sin paralelo de los jóvenes dejará su marca indeleble en las luchas insurreccionales del país, de igual manera que en todas las latitudes del mundo.

Uno de los problemas más agudos de la insurrección radica en la fijación anticipada del "momento" del desencadenamiento de las acciones, esto supone escoger la mejor oportunidad que puede asegurar la victoria, teniendo en cuenta los progresos hechos por el partido en el control de las masas, de los medios materiales y bélicos que será preciso utilizar en las acciones armadas, de los efectivos militares regulares. Una dirección férrea, capaz de combinar adecuadamente los objetivos estratégicos con las maniobras tácticas ágiles, puede cumplir esa función. Nada extraño que esta verdadera batalla previa se la tenga que superar a través de crisis internas: la agudeza del problema puede tener ese desenlace. Los reformistas y los espontaneístas objetan que la fijación previa del "momento" insurreccional demuestra que ya no se trata de la insurrección de las masas, sino de operaciones puramente blanquistas. Fijada la fecha y la hora de la insurrección será posible movilizar a las masas hacia este objetivo.

La guerra civil puede preceder o seguir a la insurrección. De todas maneras, los revolucionarios y las masas deben prepararse para poder seguir combatiendo en una guerra de larga duración, sobre todo si se produce la invasión de fuerzas imperialistas, como ya se tiene indicado.

Hemos delineado el problema de la insurrección, en gran medida y obligadamente de una manera general. Ahora es preciso puntualizar si puede darse o no la insurrección

en Bolivia, si el propio desarrollo de la situación política lleva o no hacia ese objetivo.

Se han señalado las razones que nos permiten afirmar que estamos ingresando a una verdadera situación revolucionaria. Si este proceso marcha hacia adelante es claro que se perfilará la perspectiva de la insurrección. El problema no puede formularse al margen de la lucha cotidiana en la que están interesadas las masas. En la actualidad se trata de que los explotados bolivianos han logrado concentrar sus esfuerzos por superar el estado de miseria imperante alrededor de la lucha por la inmediata vigencia del salario mínimo vital con escala móvil. La actual "crisis económico – política" le impide al gobierno burgués nacionalista, que ha ingresado a un precipitado proceso de desintegración, satisfacer la exigencia premiosa de los explotados, como ya han manifestado públicamente los ministros del equipo económico. No se trata de una sorpresa, sino de algo que debía ocurrir. La agravación de la lucha sobre tal demanda salarial puede permitir que las masas se enfrenten con el gobierno y concluyan convenciéndose que no les queda más camino que derribarlo. En ese momento se habrá abierto el lapso de la lucha insurreccional, de breve duración por su propia naturaleza y cuando los plazos vigentes serán los militares.

¿Se justifica proponer la insurrección?. Venimos explicando y demostrando que la revolución proletaria en Bolivia se ha convertido en una necesidad histórica: si no se da o tarda demasiado en materializarse se corre el riesgo de destruir la fuerza de trabajo, el basamento de la sociedad, y concluir en la disolución del país. Si esto es así, es claro que corresponde prestar la debida atención al problema insurreccional, que, como se tiene dicho, constituye el punto más elevado del proceso revolucionario. Nuestra preocupación no es académica, sino práctica, que estamos seguros ayudará a luchar en mejores condiciones por la victoria de la revolución.

Trabajamos empeñosamente seguros de que marchamos hacia la revolución proletaria, de que la situación revolucionaria que ya se ensancha nos conducirá a la insurrección. De la victoria de estas acciones saldrá la dictadura del proletariado, estructurada partiendo de los órganos de poder de las masas. Cuando decimos que la hora de la clase obrera ha llegado y que la burguesía como clase debe ser sepultada, estamos expresando cómo se dará en los hechos la materialización de las leyes del desarrollo y transformación de nuestra sociedad. Nuentra certeza de la victoria del proletariado, del trotskysmo, no proviene de un artículo de fé, sino del análisis científico de la realidad boliviana y de sus actuales problemas. Dijimos que uno de los obstáculos que impedía que las masas viesen con toda claridad su propia perspectiva y el camino que debían seguir, consistía en la actuación exitosa de la burocracia sindical, corrompida y totalmente entregada a los intereses de la clase dominante en sus múltiples expresiones. Los sucesos de las últimas semanas nos permiten afirmar que los sectores mayoritarios están luchando exitosamente contra esa burocracia y que concluirán doblegándola, entonces podrán los explotados marchar con certeza hacia la materialización de sus objetivos.

Constituye una de las leyes del proceso revolucionario el que la movilización de los explotados obliga a la reacción a concentrar sus efectivos. La clave de la victoria en este enfrentamiento radica en que las fuerzas de la revolución cumplan aceleradamente los trabajos preparatorios y no le permitan a la derecha pasar a la ofensiva. Es esto lo que se observa ahora entre nosotros.

Algunos sirvientes del oficialismo y de la reacción sostienen que nuestra prédica estaría preparando nada menos que la marcha de la derecha al poder. Esto es incomprensible, por no decir que es estúpido. Poner en pie de combate a los explotados, esforzarse por darles orientación política sólo puede servir a la revolución, porque contribuye

directamente a la liberación de los explotados. Los que se convierten en proxenetas de la reacción son aquellos que se empeñan por perpetuar la dictadura de la burguesía, esta vez bajo la careta democrática. La historia y hasta el sentido común enseñan que de la entraña de la clase dominante salen el fascismo y el golpismo, tantas veces prohijados por el imperialismo "democrático".

Tenemos que volver a repetir nuestra vieja afirmación en sentido de que únicamente una vigorosa movilización de los explotados, , de manera que se convierta en amos de los puntos vitales de las ciudades, del campo y de las minas, puede inmovilizar y derrotar a los golpistas. El fascismo desaparecerá como permanente amenaza cuando sea destruida la sociedad capitalista. Tenemos seguridad que estamos marchando hacia la batalla decisiva entre la burguesía nativa, agente del imperialismo, y la nación oprimida acaudillada por el proletariado. También estamos seguros que la victoria será nuestra pese a todas las maniobras y trampas que hacen todos los días la clase dominante y sus sirvientes "izquierdistas".

Las operaciones ideadas por la burguesía para desviar a los explotados de sus objetivos revolucionarios han venido fracasando una tras otra. El pretendido y absurdo "golpe constitucional", que esperaban los empresarios lo consuma el débil parlamento boliviano para que luego fuese apoyado por el ejército, se ha esfumado simplemente. Los "legisladores" pueden aprobar toneladas de minutas de comunicación y lanzar todas las iniciativas que deseen, nadie les hará caso porque carecen de la suficiente fuerza material para imponer sus "sabias" decisiones. El parlamento no sirve para nada en un país en el que prácticamente no existe democracia formal y que espera conocerla bajo la dictadura del proletariado.

Pero, tampoco el jefe del Ejecutivo ve coronadas con el éxito sus numerosas piruetas políticas que buscan materializar una relativa estabilidad política. La convergencia

ya se ha diluido porque no hay donde encontrar el mago capaz de colocarle el cascabel a ese gigante despierto que es la clase obrera. De qué puede servir la unidad nacional timoneada por la burguesía si no va a poder colocarle el bozal a las masas encabritadas. La estabilidad política tendría que cimentarse en la superación de la actual y catastrófica crisis económica. La burguesía no puede tocar la estructura económica para superar su contradicción interna, está empeñada en buscar una fórmula mágica que permita a los explotados trabajar más y pedir menos aumentos salariales, a eso se le llama la tregua social y política. Este propósito no puede prosperar porque las organizaciones "izquierdistas" que están al servicio de la clase dominante han perdido su clientela y porque la burocracia sindical anda de capa caída. La firmeza de las masas en sus demandas, en la independencia de clase y en la lucha ya han decretado la frustración de la convergencia.

La revolución se ve enturbiada cuando las tradicionales direcciones de las masas se encaminan a la derecha (hacia el polo burgués), esto cuando conservan toda su popularidad. Los explotados son arteramente empujados hacia la guillotina del verdugo. Por suerte para Bolivia y sus explotados, esto ya no sucederá, al menos por ahora.

Si la unidad nacional reaccionaria ya no tiene posibilidades de funcionar, corresponde empeñarse en poner en pie la unidad de la nación oprimida bajo la dirección del proletariado, única manera de lograr que éste efectivice su condición de caudillo de las mayorías nacionales. Esta táctica, la del frente antiimperialista y en cuya base en encuentra la alianza obrero – campesina, mantiene su vigencia hasta tanto no se logre la toma del poder. En esto consiste nuestra gran línea táctica, que ciertamente no elimina las maniobras tácticas que las circunstancias políticas pueden obligar a consumar.

Somos unitarios y deseamos la unidad de los explotados, pero creemos que debe efectivizarse partiendo de la

más severa crítica y delimitación de posiciones. La política frentista tiene que estar al servicio de los objetivos estratégicos y sería incorrecto aceptar alianzas que vayan en contra de la independencia de clase o del liderazgo de la clase obrera. Buscamos afanosamente un frente que potencie a la revolución, que nos potencie como dirección y no que nos aparte de nuestra finalidad central, que es la materialización de la revolución y dictadura proletarias. Por esto mismo proponemos respetar el derecho de crítica entre quienes concluyen la conformación de un frente, porque la finalidad es conquistar a las masas para la línea revolucionaria y educarlas en el calor de la batalla política.

Comprendemos perfectamente que la conformación de un frente en el marco de las condiciones que proponemos es sumamente difícil, sólo puede darse cuando las bases radicalizadas de los partidos obliguen a sus direcciones a someterse a la estrategia y métodos propios de la clase obrera. Entonces se podrá volver a poner en pie al FRA, una de las más altas expresiones de la política frentista revolucionaria.

Las dificultades con las que chocamos no nos desaniman, pues comprendemos que emergen del propio proceso político y sabemos que serán superadas a medida que las masas se movilicen más y alcancen un mayor grado de politización. El POR pone al servicio de este objetivo todos sus esfuerzos y está seguro de imponerse en sus propósitos.

La Paz, noviembre de 1983.

